

Liduvina vino á este mundo en los días de los dolores de Cristo y padeció mucho con El y por El! Justo era que con El saliese de este mundo y subiese á los cielos en los días de su triunfo y de su Resurrección!

A la luz de la muerte, la verdad muéstrase dejando ver á plena luz lo que nosotros llamamos vicio ó virtud, riqueza ó pobreza, placer ó sufrimiento. . . . Qué horrorosos pesares entonces para el pecador! Mas qué santa alegría para el justo!

CAPITULO XXIV.

GLORIA.

Quitad el velo.—Un prodigio.—Qué hermosa está.—Miran su alma en figura de blanca paloma.—La piadosa Catarina la ve llevada al festín de sus bodas por el divino Esposo.—La visión de las dos vírgenes.—El concurso.—Un niño orando.—Magníficos funerales.—Peregrinación.—Una piadosa mujer devorada por un cáncer, viene descalza desde Leyda.—La religiosa de Gouda.—Guillermo Sonder-Dank y su enferma.—Traslación.—El culto de Liduvina nunca interrumpido.—Oración.—Conclusión.

CUANDO se convencieron de que todo había terminado, y de que no quedaba en aquel pobre lecho, teatro de tantos prodigios, mas que el despojo mortal de Liduvina, cubrieron su rostro con un velo. Después el

confesor con los presentes se pusieron de rodillas y lloraban amargamente la pérdida que habían sufrido. Muchas mujeres lloraban también con inconsolable aflicción, por el abandono en que había acabado la vida. Muerta, muerta sin ningún auxilio! decían con voz llena de desesperación; muerta tan miserablemente, Liduvina que era una santa! Y no estábamos aquí para asistirle; nosotras á quienes trataba como amigas! ¿Quién nos perdonará tal ingratitud? podemos jamás perdonarnos el haberla abandonado de esta suerte? Mas Dios en aquella hora iba á mostrarles que no eran lágrimas, sino cánticos de gozo lo que convenía cerca de la virgen tan amada. Su Majestad iba á revelar su gloria, y ese lecho de duelo iba en cierto modo á transformarse en carrosa de triunfo ó en manifiesto trono. En efecto, el pueblo á quien llegó la noticia, había acudido y llenaba el aposento; todos querían ver el rostro de la santa. Es muy justo, dijo el confesor que permanecía arrodillado, y dirigiéndose á una de las mujeres que oraba cerca del lecho, dijo: "levantad el velo;" la cual inmediatamente se levanta y extiende la mano. . . . Mas repentinamente, y á una sola voz las mujeres, los sacerdotes y todos los asistentes dan un grito: Un milagro se había obrado debajo de ese velo, uno de los más bellos milagros que se hubiesen visto en aquel aposento. Oh maravilla! Liduvina vivía; parecía revivir y haber recobrado una vida nueva y esplendorosa. Las llagas, las úlceras, las deformidades de su rostro, todo había desaparecido, y una arrobadora hermosura lo había reemplazado todo! Los ojos, las mejillas, la barba, los labios, el cuello, todo lo que hasta allí había aparecido lleno de sangre, pálido y desgarrado por el mal, todo resplandecía ahora con un esplendor sobrenatural. . . . Que celes-

tial vida se miraba en sus ojos! Qué sonrisa tan divina en sus labios! jamás habían contemplado frente más límpida, ni un cuello tan blanco y tan puro, ni una carne tan transparente y refulgente! "¡Oh qué hermosa está! qué hermosa está! repetía la multitud con indecible emoción. Y todos se arrodillaban, lloraban y oraban; porque aquello no era el aspecto de un muerto ni de un mortal, sino el radiante rostro de un bienaventurado!

Aquellos miembros antes separados, corroídos y corrompidos, habían vuelto á tomar con las formas de la salud, su primera suavidad, y cuando las piadosas mujeres envolvieron á la virgen en una sábana, reconocieron alabando á Dios, que todas las partes del santo cuerpo, habían sido igualmente glorificadas! Ni una señal siquiera de llagas, de abcesos ni de gusanos; solamente tres cicatrices se dibujaban como un hilo delgado, de púrpura, y eran las tres heridas que había recibido la Bienaventurada, de los soldados sus verdugos; Dios no había querido borrar completamente aquel memorial de su martirio, esos gloriosos títulos á las palmas de la victoria y del triunfo!

Al mismo tiempo, pasaban en el exterior y se contaban varias cosas prodigiosas. Algunas personas piadosas, en diversos parajes y á gran distancia, habían tenido simultáneamente, y en el instante de la muerte de la virgen, idénticas revelaciones, haciéndoles saber á la vez su dichosa muerte y su gloria. Así habían visto á su alma bajo la figura de una paloma blanca como la nieve, con las alas plateadas, el cuello y el pico de oro, y los pies de un rojo como sangre. Hermoso símbolo en verdad, pues la amable virgen había sido una paloma por su dulzura, por sus deseos y sus gemidos, y también por su fecundidad,

ganando tantas almas á Jesucristo, ella era la paloma de pico de oro que daba á todos enseñanzas tan preciosas; y por la obediencia, que bien puede llamarse el oro de la virtud, dócilmente había doblegado su cuello virginal bajo el yugo del Señor, sus pies habían caminado constantemente tras de las huellas sangrientas del divino Maestro, y las blancas alas del amor más puro, habíanla llevado millares de veces á las más altas regiones de la contemplación.

Una de las mujeres que había estado más unida con la santa, la que había sido de ella más tiernamente amada, la piadosa Catarina, fué favorecida también con una revelación. Estando en su aposento vió entrar sucesivamente y en grande orden muchas vírgenes y mártires, una innumerable multitud de santos, todos los cuales se colocaron al derredor de una mesa espléndidamente servida; muy pronto vió venir después de ellos y con el esplendor de una hermosura que el espíritu humano no sabría explicar, un joven que llevaba de la mano á Liduvina. . . . ¿Quién podía ser aquel joven tan hermoso? Liduvina aparecía también llena de prodigios, hermo세ada, con su ser casi divinamente transfigurado. En su frente brillaba una corona de desposada, y venía adornada con la magnificencia de una reina, de suerte que la humilde Catarina se sentía tan dichosa al verla así, que creía estar gozando ya de alguna de las felicidades del cielo. Después vió con inexplicable emoción á su amada Liduvina irse acercando á ella. "Hermana mia, le dijo la hermosa virgen, ¿os acordáis que durante los días de mi vida mortal os hablé muchas veces del Esposo que esperaba poseer en la eternidad? Pues bien! este Esposo que tanto he llamado con mis votos, vedle aquí delante de vos: es Jesucristo mi divino Señor! ¿No te-

nía yo razón de deciros que él era más hermoso que todos los hijos de los hombres? ¿Habré comprado muy caro por mis sufrimientos la dicha que tengo en este instante, de unirme con él, de gozar de su adorable presencia, y ésto, sin temor ni turbación, durante los siglos eternos?» Y la piadosa viuda divinamente consolada, vió á Liduvina ir á colocarse en medio de los santos, y al lado de su celestial Esposo tomar parte en el festín de la inmortalidad!

Algunas otras personas vieron á la dichosa mártir elevándose hacia el cielo, llevada por los ángeles, y saludada á las puertas de la eternidad, por la multitud de los escógidos que acudían á su encuentro llamándola su hermana.

Dos vírgenes también, enclavadas hacía largos años en el lecho del dolor, y cuya edificante piedad era bien conocida, vivían lejos de Squidam, y á gran distancia una de la otra: jamás habían visto á Liduvina, mas las dos la veneraban con el más tierno amor,—esas dos vírgenes tuvieron en la hora del fallecimiento de nuestra santa una admirable visión que vamos á referir, pues parece que Dios se las había concedido para completar la historia de la pobre crucificada, que había muerto sin testigos, abandonada y sola.

Las vírgenes veían abierto un aposento miserable y sombrío, luego un lecho aun más miserable, y sobre él recostada una mujer á quien nadie acompañaba; y no obstante, aquella mujer se hallaba en agonía! era un espectáculo horrible á la vista! La infortunada se retorció con los dolores de un mal sobrenatural, y habrían dicho que era un niño quebrantado bajo una piedra de molino. Ellas oían sus gemidos y sus gritos, y vieron que iba ya á morir. . . . Repentinamente apareció Jesucristo, la Virgen María y los ángeles y san-

tos, todos los cuales se acercaban al pobre lecho de la mujer agonizante. «Liduvina, le dijo Jesucristo.—A esta palabra, las vírgenes se contristaron y conocieron que se trataba de su amiga!—Liduvina, decía el Salvador! con amorosa bondad, mi amada Liduvina, tened valor! aun un momento más de valor! Vé aquí llegada la hora de la recompensa, la hora del triunfo. Al sonido de esta voz divina, la virgen pareció reanimarse. «Ah sois vos! exclamó con transporte, mirando al Salvador, sois vos mi Señor Jesucristo, vos, el deseado de mi corazón, vos mi inmortal Esposo! ¿Venís á llevarme? Venís á sacarme de mi destierro y á llevarme con vos á la patria celestial? Sí, Liduvina, respondió el buen Maestro, sí, regocíjate, pues tus dolores han terminado: heme aquí, ya no me dejarás más, esposa mía, ven á reinar para siempre conmigo!» El alma de la virgen al punto se lanzó. . . . porque sus lazos mortales se habían roto. . . . y cómo se lanzó, radiante, al Corazón de Jesús y del Corazón de Jesús á los brazos de María que le sonreía.

En aquel instante el cielo se abrió, y se escuchó un maravilloso concierto de los ángeles y los escógidos, que cantaban diciendo: «seas bien venida, hermana nuestra, Liduvina, que al verte sentimos acrecentarse nuestro gozo en el Señor.» Y Liduvina en medio de ellos, rodeada de luz, abrasada de amor, entraba triunfante en la eternidad, en donde Jesús la recibía en la infinita majestad de su gloria. «Ven, amada mía, le decía el divino Esposo, con aplausos de toda la asamblea de los cielos, aproxímate, ven muy cerca de mi trono, que ahora quiero recompensar tu fidelidad y tu amor.» Entonces Jesucristo la coronaba mientras los ángeles y los santos continuaban sus cánticos, y entonando en un ritmo divino decían: «Tú has te-

nido, oh Liduvina, la fé de los patriarcas! la esperanza de los profetas y la caridad de los apóstoles! Tú has tenido, oh hermana nuestra, el heroísmo de los mártires, la castidad de las vírgenes y la santidad de los ángeles! y por eso serás coronada como los ángeles y las vírgenes, como los profetas y los patriarcas, como los apóstoles y los mártires!»

Las dos vírgenes á quienes Dios honraba con esta visión, vieron aun, á Liduvina después de su coronación, que tenía en la frente una diadema hermosísima y estaba revestida de tales esplendores, que hubieran querido morir para seguirla siempre contemplando!

Esas revelaciones, esos testimonios del cielo en favor de Liduvina, y más que todo, el milagro de la transfiguración de su cuerpo, milagro irrecusable y permanente que se veía y se hallaba en la misma casa de Squidam, conmovieron profundamente á los pueblos, que habituados hacía muchos años á venerar á la virgen como santa, acudían de todas partes. Es cierto que Liduvina había pedido instantemente que se hiciesen sin demora sus funerales, y habían procurado obedecerla; mas había sido necesario renunciar á ello, porque el pueblo había comenzado á quejarse, los magistrados por su parte habían intervenido con sus prohibiciones, y aun ellos mismos habían recibido órdenes superiores, porque el Príncipe de Holanda les había hecho saber por un correo, que él quería también venir á arrodillarse delante del milagroso despojo, y que no quería se hiciese nada antes de su llegada. Fué, pues, preciso esperar.

Sin duda Dios permitió que así pasase para manifestar su gloria y por honrar más á la virgen. En efecto, el concurso fué prodigioso: los historiadores no se atreven, por temor de que parezca fabuloso, á seña-

lar la cifra aproximada de las multitudes que acudieron; y no venían solamente de dia, mas durante la noche las tropas de los peregrinos se sucedían sin interrupción cerca del santo cuerpo, venían de las ciudades, de los campos y de los lugares más distantes en reuniones compactas: de Brielle, de Gouda, de Delft, de Róterdam, de La Haya, de Leyda, de Utrecht. Todos los rangos, todas las condiciones, todos los caracteres se confundían en un mismo apresuramiento: ricos y pobres, sacerdotes y legos, fieles y pecadores, todos querían ver aún una vez en su espléndida muerte, á aquella cuya vida había glorificado Dios con tan prodigiosos dolores! Cuántas lágrimas corrieron! ¡Cuántos corazones se sintieron vencidos y convertidos, seriamente vueltos al bien delante de esta hermosura que se manifestaba en el ataúd, es decir, ante el triunfo obtenido por la virtud sobre la muerte!

Traían también muchos niños muy pequeños, sin duda para que la santa los bendijese, y aun tal vez para atar de este modo con una época honrada con prodigios muy raros á la generación que iba á alejarse, avanzando en el porvenir.

No podemos resistir al placer de referir aquí una sencilla y conmovedora escena, que tuvo lugar con ocasión del concurso de los niños. Una joven, madre de familia, acababa de entrar con otros peregrinos al aposento milagrosamente embalsamado, trayendo en sus brazos un niño de doce á trece meses, la cual después de muchos esfuerzos, y apenas llegada cerca de la virgen, vió que el niño hasta entonces recostado en el seno materno, repentinamente se endereza, todos lo vieron juntar admirablemente sus manitas, y después volverse á inclinar hacia á la Bienaventurada, y así inclinado hacia ella, con las manos siempre juntas, la

miraba con una mirada fija y prolongada, tan inteligente, y tan llena de respeto y de esperanza, que ninguno de los asistentes pudo en ese momento dejar de llorar.

Entretanto, los amigos de Liduvina se reprochaban el retardo de su sepultura, tan contrario á sus deseos, redoblaban sus instancias con el pueblo y con los magistrados para que no se prolongase por más tiempo, pues no había razón especial para más esperar. Al fin, decidióse que la ceremonia fúnebre se celebraría el 14 de Abril, viernes de la misma semana de Pascua. Ese día fué para la virgen un triunfo incomparable: el pueblo todo de Squidam estaba presente, la afluencia de los peregrinos extranjeros, teniendo á su cabeza sus religiosos y sus sacerdotes, superaba todo cuanto hubiera podido imaginarse; las calles y las plazas estaban llenas. Y la santa pasó por en medio de esas multitudes, recostada en su ataúd. Estaba vestida de una humilde ropa de lana, llevando por cinto su silicio; en su frente pusieron una corona de rosas entrelazadas con los dulces nombres de Jesús y de María. Imposible sería el decir la emoción y las lágrimas, las aclamaciones y los testimonios de respeto y de amor con que aquel pueblo innumerable la saludaba al pasar.

En fin, verificóse la inhumación. Un sepulcro se le había preparado en la iglesia misma de Squidam, en aquella iglesia donde había sido bautizada, á la sombra de ese tabernáculo de donde le habían venido tantos gozos, y casi al pie del altar en el que había visto á la Reina del cielo bendecir su infancia sonriéndole, y al que tantas veces había venido misteriosamente con su ángel para subir desde allí á la contemplación de los divinos esplendores. Sin duda su despojo mor-

tal debió estremecerse de gozo en ese lugar de su reposo, porque el descansar en tal lugar era como continuar su vida de adoración y de amor! Además, su último deseo fué respetado, pues el sepulcro estaba revestido en el interior de una pared de piedras que elevándose en forma de bóveda sobre el ataúd, que también quedaba levantado sin tocar el suelo, y así el cuerpo virginal continuó como estuvo por más de treinta años, sin tener ningún contacto con la tierra. Después colocaron sobre este modesto sepulcro una sencilla lápida conmemorativa.

Mas, aun no estaba todo concluido: las peregrinaciones habían comenzado, é inmediatamente la multitud crecía de día en día; contábanse numerosos milagros, y se citaban incontestables y prodigiosas curaciones. Apenas había pasado un año, cuando para satisfacer á la piedad de los fieles se había erigido una capilla y un altar de mármol sobre aquel sepulcro hecho tan glorioso.

Bien pronto las paredes de esta capilla estaban cubiertas de ex-votos, como miembros de cera, cuadros llenos de conmovedoras escenas, pequeños navíos recordando los furioses de la tempestad; tal era bajo mil formas diversas la ardiente expresión del reconocimiento de los peregrinos hacia la Bienaventurada, como un alto testimonio de los prodigios que obtenía en favor de tantos desgraciados que la invocaban.

De ningún modo queremos ahora examinar todas esas curaciones y esos benéficos milagros "que se multiplicaban de día en día y de los cuales se podría, como dice Juan Gerlach, componer un gran libro." Citaremos sólo tres de ellos, pues tienen para nosotros un encanto particular, porque encontramos su relación escrita por el venerable Tomás de Kempis de quien

la tomamos, y porque esta obra está firmada por un nombre de mucha autoridad que ya nos es conocido, el doctor Guillermo Sonder-Dank, hijo y digno heredero de los talentos y de la reputación del célebre Sonder-Dank que hemos visto á la cabecera de nuestra virgen, quien reconoció con la autoridad de su ciencia el carácter sobrenatural de sus dolores.

En 1448, cierto día llegaba una mujer al sepulcro de la santa, venía con los pies desnudos, y desde la ciudad de Leyda, había hecho doce leguas de camino; tan grande era el deseo que tenía de obtener la gracia que pedía! La pobre mujer hacía más de siete años tenía en el cuello un cáncer horrible que le devoraba todas las carnes, al grado que la desgraciada no podía ya comer ni beber, ni aún inclinarse, sin sentir una horrorosa sufocación, causando compasión sólo el verla. ¡Con cuánto fervor y cuánto tiempo estuvo orando! Mas su oración parecía rechazada! nada de curación, ni aún el menor alivio! Por fin, se volvió resignada aunque triste, y con el corazón lleno de lágrimas, mas apenas había entrado á su casa, cuando se encontró de improviso completamente curada! En toda la populosa ciudad hubo un grito unánime en alabanza de Liduvina.

Otra vez en el mismo año, una religiosa de la ciudad de Gouda, que hacía mucho tiempo estaba parálitica, se hizo llevar en camilla á la capilla venerada: era un domingo, y había mucha gente; á nombre de la enferma se celebraba el santo Sacrificio en el altar donde se verificaban tantas maravillas. El sacerdote había llegado, ya el augusto sacrificio tocaba á su fin... Repentinamente la religiosa hace un movimiento, todos ven que se levanta, ya se pone en pie! En medio de la conmoción general, con la frente radiante, con

paso firme y sin ningún apoyo, se adelanta, se arrodilla al pie del altar, y allí prorrumpe en gozosas exclamaciones de reconocimiento. Ya estaba curada; Liduvina le había sido prodigiosamente propicia.

Finalmente, en la ciudad de Delft, todos conocían una mujer retenida en el lecho hacía muchos años por una enfermedad cuyo secreto escapaba á todas las investigaciones de la ciencia. En vano se había hecho uso de todos los medicamentos mas eficaces, y se habían reunido los cuatro médicos más afamados de Holanda; todos los esfuerzos y todos los talentos reunidos habían fracasado, el mal seguía su curso, y la enferma se lamentaba más y más! "Ciertamente, le dijo un día el piadoso doctor Guillermo Sonder-Dank, como para consolarla, vos padecéis ha mucho tiempo y de un modo cruel: mas tened valor: aplicaos á santificar vuestros sufrimientos, porque ésta es una prueba que vendrá á seros gloriosa. Yo que os hablo, he tenido la dicha de conocer, y qué digo? aún de visitar muchas veces á la virgen Liduvina. Ah! sus dolores han sido más intolerables y más prolongados que los vuestros, y ahora ya veis cómo Dios la glorifica aún con prodigios." Esas pocas palabras fueron para la enferma como un rayo de luz y como una repentina inspiración. Desde ese instante se puso á invocar á la virgen con fervor, comenzando en su honor una serie de oraciones y de ejercicios piadosos, que animaba sobre todo por una confianza sin límites y por las más santas disposiciones. Y he aquí que un día se le apareció Liduvina, trayendo en las manos una maravillosa bebida, que le presentó, diciéndole. "Tomad esto!" Y cuando lo hubo tomado, ya no vió á la Bienaventurada, mas se sintió divinamente confortada: la enferma en seguida se levantó, anduvo, comió y hacía

todo lo que acostumbraba antes en perfecta salud. Los parientes y los médicos, y muy pronto toda la ciudad, todos al mirarla se llenaban de asombro!

Después el doctor Guillermo Sonder-Dank añade: "Tomo á Dios por testigo de que he visto con mis propios ojos los tres milagros aquí referidos, y otros muchos que sería largo contar, todos esos milagros, gracias á nuestro Dios que se complace en renovar esos prodigios en nuestros días, han sido obrados en poco tiempo y en el año del Señor 1448, bajo nuestro Santísimo Padre el Papa Nicolás V, y en el segundo año de su pontificado."

Además, el piadoso doctor dió otra firma, todavía más elocuente, otro testimonio más expresivo de su veneración por la virgen y de su fe en los milagros que veía obrarse por su intervención, pues fundó á sus expensas y con muchos gastos, una iglesia y un asilo para los pobres, en el mismo sitio donde estaba la miserable chosa que durante treinta y ocho años había abrigado los dolores de la santa.

Así pasaron sobre el sepulcro de Liduvina casi dos siglos de fe, de respeto y de amor; malos días se habían levantado: el protestantismo había llegado como un torrente fangoso más fatal á la Holanda que el oceano que amenaza engullirla. Y no obstante, véase á los mismos herejes mezclarse con las poblaciones fieles, que acudían siempre á los pies de la Bienaventurada, forzados ellos mismos á proclamar sus milagros y sus beneficios. Mas el protestantismo tiene instintos que lo arrojan fatalmente á un bandalismo impío. Para mantenerse en un patrimonio usurpado tiene necesidad de destruirlo á su alrededor, á fin de sofocar bajo las ruinas en ese suelo lleno de raíces católicas, hasta los retoños que arrojarían bajo sus pies como un

remordimiento viviente ó como una incesante protesta. Así, fué necesario muy luego pensar en guardar al abrigo de toda profanación los preciosos restos de Liduvina, para lo cual fué preciso rescatarlos con muchos gastos del poder de los herejes que se habían apoderado de ellos.

En 1615 el santo cuerpo fué exhumado y transportado á Bruselas, por orden del Príncipe Alberto, Archiduque de Austria, soberano de los Países Bajos, y de su mujer Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II Rey de España, y nieta de Enrique II Rey de Francia. La augusta Princesa quiso tener cerca de ella en su palacio, y hasta su muerte rodeó de honores y del más religioso amor los restos de una pobre mujer á quien habían devorado horrorosas llagas, mas á quien Dios tanto había amado y glorificado!

Finalmente, una primera parte de los santos huesos dióse en 1616 á las Damas Canonas de Mons, en Hainaut; otra parte se dió en 1626 al convento de Carmelitas que había fundado Isabel en Bruselas; y la tercera y más considerable en 1650, también en Bruselas á la espléndida iglesia de Santa Gúdula, conforme al testamento de la ilustre Princesa.

Allá en esta tierra católica de Bruselas, Liduvina disfruta aún hoy día una veneración que no se debilita ni se amengua con el transcurso de los años.

Mas cosa extraña y misteriosa! la Holanda despojada de las reliquias de la que era su gloria, no ha podido despojarse de su recuerdo. Nada han podido allí ni el tiempo, ni la herejía, ni las revoluciones que todo lo han trastornado; la implacable herejía, ha arrojado á los vientos del destierro las cenizas de la crucificada de Squidam; los siglos al pasar, han nivelado su sepulcro vacío y deshonorado. . . . y, no obstante, el

nombre de Liduvina subsiste siempre viviente, siempre bendito en los lugares que la han visto orar y morir!

Los que escribimos estas líneas, hemos atravesado la Holanda en una época en que ya habíamos saboreado los encantos de la vida de nuestra virgen, aunque nos hallábamos lejos de pensar en la publicación de este trabajo. Y en nuestro camino hemos encontrado el nombre de Liduvina, su leyenda, sus milagros y su culto en grande honor; la hemos vuelto á ver ó en los libros, en los grabados que se nos mostraban, en las mil conversaciones que hemos trabado; la encontramos no sólo en Squidam, sino en Róterdam, en la Haya, en Leyda, en Amsterdam . . . y hasta en los caminos de fierro. ¡Qué no habríamos escuchado si menos extraños al idioma holandés, hubiésemos podido interrogar al pueblo, sobre todo, á ese pueblo de corazón recto y sencillo, cuya ingenua expresión nos hubiera dado más completa noticia del culto tributado aún á Liduvina!

¿Qué significa, pues, ese religioso respeto así guardado? No podemos menos de ver en ello una de las más grandes glorias de nuestra virgen, una de las más hermosas recompensas concedidas aquí en la tierra, á su largo martirio; y una misión de regeneración cumplida por ella en provecho de su amada patria.

¡Preciosa es ante Dios la muerte de sus santos! ¡En gran manera, oh Señor, han sido honrados tus amigos!

CONCLUSION.

HEMOS terminado ya nuestra tarea, y hemos asistido á un tierno espectáculo. Qué horriblos dolores hemos contemplado! Qué desnudez tan deplorable! Qué martirio y qué agonía durante treinta y ochos años! Mas también, qué fortaleza de virtud, y qué gloria! De esos dolores tan heroicamente sufridos, de esas llagas hemos visto cómo se exhalan perfumes del cielo. Ese aposento visitado por los ángeles se convierte en un santuario embalsamado; ese lecho, en un altar perfumado de incienso, ó en una cátedra al derredor de la cual se acercan ávidos de oír á la santa, innumerables peregrinos. Los simples fieles, los sacerdotes, los religiosos, los Obispos, los grandes del siglo, los Duques de Holanda, de Borgoña y de Baviera con su corte, pasan ante ella y recogen dócilmente sus consejos; los pecadores se convierten; los ricos se conmueven, las limosnas abundan; todas las miserias encuentran una visible providencia!

Admirable vida! vida crucificada que aparece como un holocausto unido al del Cordero divino! Vida maravillosa que sólo el pan de los ángeles alimenta, y que parece como una demostración eucarística, como un himno popular á la gloria del Sacramento del altar!

Y bien! nosotros también tenemos nuestras crucifixiones, nuestro martirio, sin más apoyo á veces que el brazo de Dios, sin otro alimento que su gracia.

Como Liduvina, pues, en los tormentos de la enfermedad, bajo los golpes de la aflicción, ayudándonos de la oración permanezcamos unidos al Dios de la cruz por la sumisión, por el amor, y por todas las generosidades de la virtud, cuéstenos lo que nos costare.

Y como á Liduvina, los ángeles de Dios venidos á nosotros, los ángeles de los santos pensamientos y de las divinas consolaciones. De todos nuestros sufrimientos, de nuestra paciencia y de nuestra caridad, se exhalará el buen olor de Jesucristo. Y viendo que no vivimos como viven los otros hombres, viendo nuestra dulzura y nuestros gozos en la amargura, todo el mundo al derredor de nosotros aprenderá á amar una religión que hace tales prodigios. . . . y una vida tan fecunda nos valdrá una dichosa muerte! Nuestros dolores se cambiarán en felicidades, nuestras tristezas en bendiciones, y nuestro lecho de sufrimiento en un trono radiante de gloria!

Volvamos, pues, hacia Aquel que sólo ha sostenido á Liduvina en su larga agonía, y para obtener más seguramente gracia, fuerza y valor, repitamos muchas veces esta oración consagrada por la Iglesia en el Oficio propio de la Bienaventurada, el día de su fiesta que se celebra el 14 de Abril.

Oh Dios que preservasteis á la Bienaventurada virgen Liduvina de las seducciones del mundo, y le enseñasteis á seguiros con un corazón generoso por el camino del Calvario, concedednos que apoyados en sus méritos y atraídos con su ejemplo, sepamos abrazar así como ella vuestra cruz, y hollando los placeres percederos de la tierra, triunfemos de todo lo que se opone á nuestra salvación, así os lo suplicamos, oh Dios que vivís y reiniás por los siglos de los siglos. Amén.

Y á nuestra amada santa, digámosle al dejarla la última estrofa á lo menos, de un cántico lleno de amor que la Iglesia de Holanda ha cantado á su gloria durante largos años, á la vuelta anual de la fiesta de la Pascua.

Salve feliz Liduvina
Que la muerte no domina,
Con María y en unión tuya
Haz cantemos Alleluia! Amén.

Vale, felix Lydevidis
Quam non ligat nexus Stygis!
Poscas nobis, cum Mariâ
Ut cantemus Alleluia! Amén.

NOTA.

Aquí pone el Abate Coudurier unos apéndices en los que refiere la autorización episcopal del culto de la Bienaventurada Liduvina, y la donación á varias personas de la nobleza, de parte de sus reliquias, aduciendo las piezas justificativas de tales actos; todo lo cual siendo sólo propio para los eruditos, y no ofreciendo ningún interés para el común de los lectores, lo suprimimos ahora, poniendo en su lugar una Novena propia para honrar á la Bienaventurada, y solicitar su protección en varias necesidades. Como el 14 de Abril es su fiesta, puede comenzarse en el día 6 del mismo mes para terminarla en el de la fiesta, ó también en cualquier otro tiempo, como lo hacen las almas piadosas con iguales devociones.